



SELECTOS

Jackie Coogan y Milti Green en una escena de la película Paramount, Tom Sawyer.



AÑO II N.º 33
30 de mayo de 1931

EN ESTE NÚMERO:

El cine y la moda, por Anita Pinares. - Mujeres bonitas. - ¿Qué es el cine? por María Luz Morales. - En los estudios de Pathé Natan, por Lulú Sáinz de Muroles, etétera, etétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



La fascinadora estre-
lla EVELYN BRENT, protago-
nista con Emil Jannings y William Powell
de la película Paramount, «La última orden».

EL PRINCIPE SOÑADO

ESTAMOS en las oficinas de una Sociedad anónima. Es por la mañana, de nueve a diez, cuando el jefe de sección no ha hecho todavía acto de presencia en el despacho.

Frente a una máquina de escribir, una linda mecanógrafa — cabello rubio y ondulado, y labios encendidos de carmin — se dedica a maquillarse, mirándose coquetamente en un espejo de bolsillo colocado en el teclado de la máquina.

Otra linda mecanógrafa — falda corta a ras de la rodilla, y blusa de crepón que transparenta voluptuosamente las turgencias del busto — entra y pregunta, con interés e indiferencia a la vez, a su compañera:

—¿Has traído «Cinema», Elvira?

—Sí. Cógelo tú misma del cajón de mi mesa.

Y la recién llegada, mientras hojea la revista de su amiga, va emitiendo observaciones con esa seguridad de juicio que nace, no del conocimiento profundo de la cosa, sino de la ardiente afición que se siente por ella.

—José Crespo, en «Wu-Li-Chang» — lee al pie de una foto.

Y comenta:

—No me gusta aquí, tan rubio. Parece embobado... «Greta Nissen». ¿Has visto qué mona está? Chica, por más que digan, es más guapa y más simpática que Greta Garbo... «Larry Kent». ¿Quién es, tú, Elvira, Larry Kent? ¡Ah! Ya me acuerdo. Es el que hizo «El corazón de una bailarina», con Billie Dove... Alice White, la rubia de ojos azules y soñadores, en «Piernas vencedoras»... Está mona aquí, ¿verdad?... Si fuera hombre y me pidiese relaciones, le diría que si en seguida... «Ramón Novarro». ¿Has visto ya «Sevilla de mis amores»? Nosotros fuimos ayer a ver esa de Charlot, «Las luces de la ciudad», y no me gustó. Hubiera preferido ir a ver «Su noche de bodas». Me han dicho que está muy bien... Mira, ¿has leído lo que dice aquí de tu enamorado Ramón Novarro? Que en un mes ha recibido mil trescientas declaraciones de amor y ha tenido que tomar una secretaria, a la que paga quinientos dólares a la semana sólo por contestar su correspondencia. ¿No le querías escribir tú a Ramón Novarro?

—Sí. Creo que envía una fotografía con dedicatoria. Pero no sé a qué señas escribirle, ni en qué idioma.

—Mujer, escríbele en castellano. Si lo habla en «Sevilla de mis amores». Y las señas podrán decírtelas en la revista.

—Es verdad. Pues hoy mismo le voy a escribir que es muy simpático y que trabaja muy bien y que me gusta mucho.

—¿Qué quieres que te diga? En alguna película ya está bien, pero no es de los que me gusten más. Me gusta bastante más Juan Torena, porque se le ve siempre un hombre serio, formal, que sabe disimular lo que siente.

—Pero es más guapo Ramón Novarro.

—Sí. Torena no es guapo, pero es muy simpático y trabaja muy bien.

—¿Tú has visto a Ramón Novarro en «Monsieur Sans Gêne»?

—No.

—¡Ah! Pues allí habrías de verle. Mira que cuando ella le dice que deje los zapatos junto a la puerta de su habitación, pero, claro, por la parte de fuera, y él se los va a dejar por la parte de dentro!... ¡Qué gracia tiene! A mí, sobre todo, me gusta Ramón Novarro porque sabe hacer muy bien el papel de tímido, pero de tímido que, al mismo tiempo, se atreve a todo. ¿Tú, Carmen, no le viste hacer?... —

Ni Carmen ni Elvira pudieron continuar hablando de cine. La presencia del jefe de sección les puso *ipso facto* punto en boca. Mas si la boca calló, cesó por ventura la actividad de la imaginación, que siempre trabaja escondida y en silencio? No, la imaginación no cesó, y dentro de aquellas cabecitas rubias — cabecitas locas —, al compás del rutinario tecleo de la máquina, fué idealizando en una — en Carmen — la formalidad de Torena, y en otra — en Elvira — la timidez de Novarro.

Para ellas, el artista de cine es el príncipe soñado que substituye al galán de las viejas quimeras románticas. El cine y la vida acelerada se imponen hoy hasta el corazón. Antes, la muchacha de quince años, para pensar en su ideal, tenía que fingirse el hombre según sus ilusiones; un tipo ideal que, al fin y al cabo, siempre quedaba envuelto en esa vaguedad e imprecisión de las cosas puramente soñadas.

Hoy, en cambio, cuando el vértigo de la vida apenas si da tiempo a la fantasía para crear ideales, el cine proporciona príncipes encantados a granel.

¿Para qué, pues, calentarse los cascos imaginando tipos y rostros y modos de ser, si el cine los ofrece ya hechos, y muchos de ellos sobrepujan en belleza moral y física a cuantos uno pueda imaginar?

Basta escoger entre los que a diario desfilan por la cámara blanca. Son rubios, morenos, castaños... Elegantes, finos, discretos... Altivos con los hombres, galantes con las mujeres... Languidecen de amor por una mujer que no les quiere... Se humillan ante la mártir... Desprecian a la indigna... Hacen feliz a la que se lo merece... Saben amar y sufrir... Son príncipes encantados que tienen, por una parte, la seducción de las cosas puramente imaginadas, y carecen, por otra, de los inconvenientes de las cosas — ¿de los hombres? — de carne y hueso.

Y Carmen piensa en su príncipe soñado que se llama Juan Torena, y Elvira piensa en su sueño dorado que se llama Ramón Novarro, a qu'en escribirá seguramente una carta declarándole. Una carta de amor que se amontonará entre las mil trescientas que el idolo recibe — según dicen — al cabo del mes.

Y el corazón de Carmen o de Elvira llegará tal vez a amar en sueños a ese príncipe encantado que se mueve en la pantalla como un fantasma. Un fantasma de sombra y de luz que, con el cine sonoro, se ha convertido en príncipe soñado que habla y todo.

LORENZO CONTRA

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larriza



EDICION
ADMINISTRACION
Distribucion 229 T4, 19/22
BARCELONA

EDICION EN
MADRID: LARRIZA
EL HOY Y LA MODA
Valverde, 30 y 32



PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

España y Ultramar
Trimestre 315
Semestre 530
Un año 1000

América y Portugal
Trimestre 415
Semestre 630
Un año 1100



CADA
SÁBADO

NUMERO SUJETO
30
CENTIMOS



De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envían, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

198. — *Julio Gallardo* pregunta a *Nita O'Hara* y a *Un chico sin importancia*, la siguiente: ¿Cuáles son a su parecer las tres mejores cintas mudas que se han filmado hasta el presente? ¿Cuáles son sus artistas preferidos? Y qué prefieren del cine mudo o sonoro? Yo por mi parte les diré más tarde mi opinión. Gracias anticipadas.

199. — *Adolfo Sánchez* pregunta: ¿Cuáles son las últimas películas de Nancy Carroll y Billie Dove? ¿Cuál es la mejor producción de Lillian Harvey? ¿Cuál es el verdadero nombre de Clara Bow?

200. — *El conde Nacho* ruega si le podrían dar a conocer por medio de FILMS SELECTOS la letra en inglés de «Si tuviera un film hablado de usted», de la película *Un plato a la americana*.

201. — *Irene y Laly* desearían saber el lugar y la fecha de nacimiento de las actrices siguientes: June Colyer, Dorothy Jordan, Fay Wray, Jean Arthur, Carol Lombard y Josephine Dunn.

202. — *Marzo litológico*,... antes que nada, envía un afectuoso saludo a todos los lectores de la sección «De unos a otros» y después de haber cumplido esta regla de cortesía pregunta, teniendo la seguridad de que su pregunta quedará contestada: ¿qué quiere decir en español el título de la película sonora de Ramón Novarro y Dorothy Jordan: *Monsieur Sans Gêne*? Gracias anticipadas encantadora señorita o simpático muchacho que me contesten a esta.

203. — *Amo* al dirigirse por primera vez a esta sección saluda a todos sus lectoras y lectores, y les hace unas preguntas que mucho agradecerá contesten:

Quisiera saber la dirección de Lupe Vélez y Dolores Costello, si ésta habla el castellano y la dirección de los Estudios donde trabajan Joan Crawford, Carol Lombard y Mary Brian. Gracias a todos.

204. — *Un chico moreno y alto* desearía le indicasen las condiciones necesarias para ser astro de la pantalla. Si las reúne, donde puede dirigirse para demostrarlas, si en España o en Hollywood, y dirección de dicho punto. También me gustaría saber si enviando fotografía le pudieran dar probabilidades de ser apto para el cine.

205. — *La dama misteriosa* desearía de algún amable lector le dijese las señas de Agustín de Figueroa y si manda su fotografía.

206. — *Tres muchachitas sin amor* desearían conocer todos los datos posibles de la monísima Anita Page, principalmente el año y fecha de su nacimiento y verdadero nombre.

También les gustaría saber los años de la «vamp» Greta Garbo y si Barry Norton está contratado con la Paramount, y, finalmente, las señas de Esther Ralston, Greta Garbo, Barry Norton y Anita Page.

207. — *Un frescalea* desea le digan si Charles Chaplin está casado y cuántos hijos tiene. La principal intérprete de *Asfalto* ¿cómo se llama? Hay algún lector o lectora que le envíe un retrato de Charles Chaplin?

208. — *Una oriental* desearía tener la dirección y el nombre de algunos célebres astros de la pantalla francesa. ¿Habrá algún amable lector o lectora que pueda proporcionarnos? Gracias mil anticipadas.

209. — *De Gallequina enamorada*: ¿Habrá algún simpático lector de FILMS SELECTOS que me proporcionara la biografía de la

simpática «estrella» Lillian Harvey, y el nombre y biografía del artista que trabaja con ella en la película *Si algún día das tu corazón*, que hace el papel del señor Brums, armador del barco? Desearía también el nombre de otras películas donde haya trabajado este guapo artista y dónde podría comprar una fotografía del mismo.

210. — *Fernando Rodríguez* desearía saber si la artista Anna May Wong trabaja actualmente y cuáles han sido sus principales películas. Desearía saber también su edad.

211. — *Una lectora de FILMS SELECTOS* agradecería a la redacción le dijeran el nombre del artista que viene en el número primero, página 12.

N. de la R. — Suponemos que el artista que le interesa es George Lewis.

212. — *Nita O'Hara* dice: Deseario encuadrar la colección de la revista *Cine-lândia*, me dirijo a los lectores de esta preciosa revista para ver si me podrían proporcionar, a un precio módico o a cambio de otras revistas, los números que me faltan que son los correspondientes a enero, junio, julio y noviembre de 1928 y febrero, mayo y diciembre de 1929.

También agradecería me mandasen la biografía de los artistas Lane Chandler y Josephine Dunn y la de George O'Brien.

¿Cuántos años tiene y qué medida Lili Damita y Joel Mac Creu?

213. — *Motilinda Madrid* dice: ¿Habrá algún amable lector o lectora que tuviera la amabilidad de contestarme a esta pregunta?

¿Qué tengo que hacer para escribir a Nancy Carroll, pidiéndole una fotografía? ¿Me la mandará? También quisiera saber qué edad tiene y dónde ha nacido.

Muchísimas gracias a quien me conteste.

214. — *Chiquita* dice: Me dirijo por primera vez a los lectores de esta simpática revista, quedando muy agradecida a quien me conteste.

Si todos los artistas que ha publicado esta revista, especialmente Ramón Novarro y Willy Fritsch, mandan sus retratos dedicados, modo de escribir y si puede hacerlo en español. Creo que estos dos los mandan, pero una vez escribi al primero pidiéndole uno y no recibí contestación. Tal vez fue porque no incluí sellos. Desearía saber si es que se tiene que incluir sellos para el franqueo.

Me interesa la letra del *Pagano de Tahiti* en castellano, si es que está traducida, y en caso de que no lo esté, en inglés.

Los datos y biografía de René Adorée y de los dos artistas más arriba mencionados.

215. — *¡Hurra FILMS SELECTOS!* dice: ¿Tendrían la bondad de decirme quién es la protagonista de *El amor antes que el lujo*?

CONTESTACIONES

170. — *De Pelinpe*, *Carnaval para Dos capullos*, casi rosas: Con mucho agrado les contesto, simpáticas lectoras, con los datos que dispongo, que no son muchos. Las principales pelirrojas de la pantalla son: Clara Bow, Nancy Carroll, Joan Crawford, Alice Terry (aunque no lo parezca, porque cuando trabaja lo hace con una peluca rubia), y Rita La Roy.

De la biografía de Lillian Harvey, les puedo decir poco: nació en Londres el 12 de enero de 1902. Sus primeras películas fueron *Amor y boque de clarines*, *La princesita de Tru-la-lá*, *Palmerin inesperado*, y en vista del éxito que tuvo le dieron a filmar cintas como *La terrible Lola*, *La casta Susana*, *Vacaciones*, *Ladronzuela de amor*, etc.; hoy es una de las principales actrices alemanas, trabajando últimamente para el cine sonoro, siendo *Vals de amor* la primera película parlante que ha hecho. Con respecto a que las películas alemanas son mejores que las norteamericanas, estoy conforme con ustedes, sobre todo en técnica, pues hay muy pocas americanas que se puedan comparar a las grandes cintas alemanas, como *Metropolis*, *Spione*, etc.

La biografía de Janet Gaynor es como sigue: nació en Filadelfia el 6 de octubre de 1906. Recibió su educación en Chicago. Más tarde la familia se trasladó a San Francisco, donde Janet se graduó en 1923 en la Escuela Superior Politécnica. En diciembre de 1924, acompañada de su madre, invadió el cerco de los mimados de la pantalla trasladándose a Hollywood. Su comienzo no tuvo nada de particular; fué de estudio en estudio, y estuvo trabajando como «extra», desempeñando algunas pequeñas partes en comedias. Cuando el director Yvving Cummings tenía *La represa de la muerte* en preparación, miss Gaynor junto con unas cuarenta o cincuenta jóvenes, solicitó el papel de protagonista, el cual le fué dado porque era el tipo exacto que este director necesitaba para la producción. Las pruebas que se le hicieron resultaron altamente satisfactorias, siendo proclamadas impecables por estrellas de la magnitud de Gloria Swanson, Mary Pickford, Charles Chaplin. — Inmediatamente la señorita Gaynor fué contratada por la casa Fox y sus éxitos han sido resonantes. En el *Séptimo cielo*, Borzage la escogió para que trabajara con Charles Farrell, y en vista de lo mucho que se destacó, Murdock la eligió para que protagonizara *Amor y guerra*. La labor de miss Gaynor en esta cinta la colocó en la cumbre de las principales actrices de la cinematografía. ¿Complacidos?

171. — *Para Filita*: He tenido el gusto de leer las gratas líneas que nos dirige a todos los lectores de FILMS SELECTOS, agradeciéndole mucho su ofrecimiento; yo a mi vez pongo los pocos conocimientos que poseo a su disposición, contestándole a una de sus preguntas. El protagonista masculino de *Bajo la máscara del placer*, por Greta Garbo, es Werner Kraus; los datos que pide en su otra pregunta no se los puedo dar por no tenerlos, pues hace mucho tiempo que no oigo hablar de ese artista, sintiendo bastante no poderla complacer. Correspondo a sus saludos atentamente.

172. — *El hijo del Zorro* contesta a *Un admirador de los talkies*: Sé todas las canciones de las películas *El precio de un beso* y *Ladron de amor*, de José Mojica y no las mando todas por ser muy largas, pero por el interés que dice tener por la que canta al empezar la película, la copio a continuación:

«Por el mundo voy buscando — ¡Ay! — Un amor imaginario — que nunca puedo encontrar. — ¡Ay madre del alma! — El tiempo pasa volando, — y yo estoy seguro — que al fin sin amores — me voy a quedar. — ¿En dónde estás? ¡Oh, mujer imaginaria! — Yo busco alivio del dolor; — yo quiero hallar en mi senda solitaria — tu alma toda bendida de amor. — En mí no hallarás desengaños — hay en mí sólo un fiel corazón. — ¿En dónde estás? ¡Oh, mujer de mis sueños! — Escucha mis anhelos de amor.»

Puede usted escribir a Eliseo Fernández, Lar Villa, 171, Mieres (Asturias) y le mandaré las que me pida.

CONCURSO

25,000 ptas. de premios

$$\begin{array}{r} 6 + 4 + 8 = 18 \\ 8 + 6 + 4 = 18 \\ 4 + 8 + 6 = 18 \\ 18 \quad 18 \quad 18 \end{array}$$

Con los números 6 puestas en diagonal y con otras dos cifras llenad los seis cuadrillos de nuestro dibujo de manera que, sumándolos por todas las vías, se obtenga siempre el número 18.

Enviados la solución de este concurso con un sobre, sin sello, a su dirección, a fin de poder darle el resultado del concurso. Contando a las condiciones de nuestro concurso, mencionadas en la carta que le mandaremos. Vd. podrá, eventualmente, obtener un hermoso premio completamente gratis.

Escribid: PALMA, 99, Boulevard Auguste-Blaqui, P.A. 15 (13e) - (Francia).



Carmen Ocarro, la simpática artista del cine hablado en español, que según telegramas publicados por la prensa diaria, ha fallecido recientemente. Esta noticia aun no ha sido confirmada y hacemos votos para que no sea más que una de esas fantásticas y reclamistas noticias a que nos tienen acostumbrados los centros cinematográficos de Hollywood.

Ante todo, profecía, esperanza... Mucho nos ha dado ya el cine y, sin embargo... Sin embargo, lo que más le agradecemos es ya, de antemano, lo que sabemos que nos durará.

Después, el primer valor del cine está en habernos traído «otro arte». ¡Hemos asistido, nosotros, gentes novecentistas, al nacimiento de un arte! Toda la trascendencia de este hecho, no podrá debidamente apreciarse sino cuando — una vez llegado el cine a su mayor edad, una vez desprendido de las fuertes raíces que aun le sujetan a tierra — sean las generaciones sucesivas las que lo celebren, pensando en nosotros. En nosotros que, (aunque hoy acaso resulte pretencioso el imaginario) somos, de la Grecia de Pericles acá, los primeros que hemos visto el nacer de un arte. Arte complejo, de naturaleza distinta que los otros, sí, pero arte al fin, pues que, sin ningún fin utilitario, él nos deleita, conmueve y eleva. Arte nuevo, pues que, frente a él, el sentimiento, la emoción del hombre toma formas nuevas.

¡Un arte nuevo! ¡Un arte más! Si cada idioma que aprendemos es, según dicen, como un nuevo corazón que adquirimos, y si cada paisaje que vemos es una nueva luz en que nos adentramos, cada arte en que nos iniciamos puede decirse que nos brinda también una inédita sensibilidad... (Así, quien cultive las letras conociendo la música, hallará ritmo más perfecto para sus palabras; quien pinte llevando en la mente un caudal poético, poseerá, frente a las formas y las cosas, una más fina sensibilidad...)

Insistiendo en una imagen, no por conocida menos exacta, podemos así decir que: un jardín por el que habremos pasado mil veces en indiferencia, en frialdad, nos parecerá distinto, nos mostrará mejor su alma y su secreto, cuando tengamos los ojos y el espíritu llenos de los jardines del arte, donde el artista — por ejemplo, Rusiñol — captó para nosotros, lo que nosotros no pudimos captar; que nuestra capacidad de amor será muy otra después de habernos adueñado de la infinita harmonía de la «Apasionata» de Beethoven; que el equilibrio de nuestras ideas, de nuestro mundo interior, será más perfecto tras la contemplación del Partenón inmortal... y que, aun siendo en la mujer el instinto materno cosa tan arraigada y profunda — casi animal o salvaje, podríamos decir —, el femenino gesto de tomar un niño en los brazos, y acariciarlo o mecerlo, tendrá nuevo significado, ternura nueva y exquisita, si la mujer que lo realiza ha leído los «Poe-

mas de Madres y Niños» de Rabindranath Tagore, o las «Canciones de Cuna» de Gabriela Mistral...

Pues así también el cinematógrafo, ese mundo reflejo de la pantalla, enriquece el caudal de nuestras sensaciones, amplifica nuestra capacidad de sentimiento y, ante todo, nos ofrece una nueva y distinta visión del mundo. Que el cine — ¡y éste sí que es uno de sus innegables valores! — nos ha traído un nuevo modo de mirar y de ver.

He aquí, pues, al cine como profecía, promesa... He aquí al cine como un arte nuevo, como un arte más... He aquí al cine, sobre todo, como el arte propio, el arte característico de la vida moderna, de la vida actual.

Según Dominico Braga «la imprenta ha permitido la difusión de una cierta cultura que podríamos llamar histórica (libresca) y que fué la de nuestros padres. El cine nos trae otra especie de cultura — moderna y distinta — a la que más bien podríamos llamar geográfica...»

Y otro ilustre cineasta, concreta aun más al decir:

«Rapidez y complejidad son los caracteres de la vida moderna. Es preciso crear instrumentos que prolonguen nuestros sentidos, nuestra facultad de entender y sentir, que, en fin, nos hacen dueños del espacio y el tiempo, valores que tanto han variado de un siglo acá. Necesitamos el movimiento acelerado para prever, el retardado para comprender, para penetrar...»

María Luz Morales

Hollywood Hospitalario

Es curioso que el artista que mayor sueldo ha alcanzado en Hollywood — Emil Jannings — y la estrella más y más unánimemente admirada — Greta Garbo — no sean norteamericanos.

Norteamérica no se resigna fácilmente a dejar que el campeonato de boxeo se lo lleve un hombre de fuera de casa. Jamás consentiría que una nación extranjera tuviera la casa más alta del mundo, ni el hombre más rico, ni la ciudad más populosa.

En justicia, todos estos records le corresponden, porque ella ha sido la creadora de los rascacielos, la que ha dado al pugilismo carácter de espectáculo mundial y la que ha producido el tipo del multimillonario.

Pero ¿acaso no ha sido también la que ha elevado el cine a su actual hege-

Greta Garbo, la estrella más unánimemente admirada, y Emil Jannings, el artista que mayor sueldo ha alcanzado en Hollywood, no son norteamericanos.



monía como espectáculo? ¿Acaso no es una ciudad norteamericana — Hollywood — la Meca del cine? ¿Acaso no han sido los artistas norteamericanos los que han dado la pauta acerca de cómo se deben emplear las facultades artísticas en la pantalla para que produzcan su máximo efecto?

Se dirá que el negocio es el negocio y que los americanos son, sobre todo, negociantes, pero eso no es motivo suficiente.

El boxeador negro Harry Wills, siendo Dempsey campeón, alcanzó tal popularidad en los Estados Unidos, que un combate entre los dos pugiles hubiera significado algunos millones de dólares. Sin embargo, los empresarios ganquís prefirieron no ganar esos millones a exponer-

se a que el campeonato saliera de Norteamérica. Fuera del pugilismo se han dado y se dan continuamente casos que demuestran lo muy cuesta arriba que viene a los norteamericanos dejarse superar por los extranjeros.

Sin embargo, ved con qué nobleza permitieron que Greta Garbo escalara la cumbre femenina de la admiración y que Jannings percibiese el cheque semanal más cuantioso.

Y es que el cine ha hecho a Norteamérica hospitalaria.

El español Antonio Marena no halla más dificultades que los norteamericanos para conquistar la fama.

Los ingleses Ronald Colman, Ralph Forbes, Reginald Deny y Dorothea Mackaill fueron cariñosamente acogidos y ayudados a llegar al puesto que hoy ocupan.

Pola Negri y Emil Jannings, los dos de Alemania, brillan como astros de

primera magnitud en los estudios norteamericanos. Greta Garbo y Nils Asther, suecos, hallaron para su carrera un camino desprovisto de obstáculos. René Adore y Lily Damita, francesas; Vilma Banky y Maria Corda, de Austria Hungría; Norma Shearer y Mary Pickford, canadienses; Olga Blakanova, rusa; los sudamericanos Ramón Novarro, Dolores del Río, Raquel Torres, Lupe Vélez y Don Alvarado; todos estos artistas han hallado en Hollywood una acogida cordial.

Ahora, al incorporarse la palabra al cine y convertirse el idioma en elemento de capital importancia para las películas, la afluencia de artistas extranjeros en Hollywood es enorme.

Los países de habla española han ganado mucho con la innovación. Las películas-habladas en nuestro idioma tienen un amplísimo campo para ser explotadas. De aquí el afán de las



casas productoras en reclutar artistas españoles y norteamericanos.

Todo español que tenga facultades puede presentarse sin temor en cualquier casa cinematográfica, con la seguridad de que, si demuestra su aptitud, no hallará dificultad para ingresar en los estudios norteamericanos.

Vilches, Rosario Pino y otros artistas que antes trabajaban en nuestros escenarios, ahora son estrellas de cine. Mona Maris, María Casajua, Don Alvarado, Antonio Moreno, Raquel Torres, Lupe Vélez, Rosita Moreno, Conchita Montenegro, José Mojica, Tito H. Davisón, José Bohr y otros muchos artistas que hablan el castellano se han asegurado los contratos en las casas productoras.

Además, no cesan de surgir artistas nuevos, como José Crespo, Elvira Morla, María F. Ladrón de Guevara, Rafael Rivelles, Angélica Beni-

Arriba. — María Alba y Andrés de Seguro. A la derecha. — Antonio Moreno y Ramón Pereda. Debajo. — Ernesto Vilches en «El eterno Don Juan».



Norteamérica ha sido la creadora de los rascacielos...



tez, Carlos Villarias, Parera, Rosita Ballesteros, Pereda, Seguro, Rey, María Calvo, Toren y Paco Moreno, que prometen dar fama y brillo al nombre de España, gracias al hospitalario Hollywood.

Y como prueba definitiva de que el cine excluye el favoritismo en Norteamérica, ahí tenemos a Charlot, el idolo, el artista formidable, inglés, y al parisiense Maurice Chevalier, que son acaso los dos astros más fulgurantes del actual firmamento hollywoodense. J. B. VALERO

Gente Alegre

Film de PARAMOUNT

REPARTO:
 Raúl Roland, Rosita
 Rey, Magda Martín, Ro-
 salita Moreno, Federico del
 Val, Ramón Pereda, Ti-
 lón, Della Magaña, Tili-
 n, Mario Álvarez, Sra. Mo-
 rel, Carmín Rodríguez,
 Max, Vicente Padula, Fe-
 licia, María Latorre, Se-
 ra, Chero Pérez.



Rosita Moreno en una de las escenas de «Gente alegre».

La compañía de teatro del empresario Federico del Val está abocada al fracaso después de una serie de representaciones que han sido verdaderos desastres de taquilla. Pero don Federico, que por lo visto es hombre de empresa en más de un sentido, antes se preocupa de enamorar a Magda Martín, la estrella, que de atender al buen éxito pecuniario de la empresa.

Los galanteos del señor del Val dejan del todo indiferente a Magda, pero, en cambio, acaban por enojar a la señora Morel, que es la que facilita el dinero. Juzga esta que con una estrella como Magda y con los demás elementos de que se dispone el resultado sería muy otro si el tenorisco señor del Val se cuidara más del negocio y un poquito menos de andar asediando a la artista.

Magda, por su parte, sin atreverse a desairar abiertamente al que cada día la estrecha con más apremiante insistencia, empieza a preguntarse hasta cuándo podrá prolongar la situación equivoca en que se encuentra. Disuntiva cuyos dos términos parecen ser el sacrificio de su carrera o el de su corazón al corresponder a del Val.

Cierta noche en que don Federico la ha llevado al cabaret de Cyrano, conoce allí a Raúl Roland, joven tenor de apuestísima figura, del cual se enamora perdidamente. No pasa inadvertida para el empresario la impresión que causa Raúl en la artista. Pero el desagrado que esto le produce, y que no disimula, no impide que el idilio se inicie y culmine al poco tiempo en matrimonio...

El enamorado y desdichado don Federico uparenta resignarse a lo inevitable, aunque no sin el ulterior propósito de seguir asediando a Magda, a quien espera hacer suya al cabo a fuerza de astucia.

Para llevar adelante sus planes, necesita, ante todo, conseguir que la señora Morel convenga en seguir facilitándole dinero. Y a fin de lograrlo, asegura a

ésta que, casada Magda, lo que le interesará primero que nada será dedicarse en cuerpo y alma al triunfo de la empresa teatral que ha tenido tan descuidada.

La entrevista se efectúa en el cabaret de Cyrano, adonde ha llevado a la señora Morel el interés que siente por Raúl Roland, el tenor que, gracias a su protección, ocupa ya puesto sobresaliente en el programa de revista de la empresa. No se muestra la señora Morel muy dispuesta a complacer a don Federico, pero cuando éste promete dar el primer papel de la nueva obra que quiere poner en escena al desconocido tenor de quien ella, sin nombrárselo, le hace grandes elogios, llegan rápidamente a un acuerdo satisfactorio.

La felicidad de Raúl Roland y Magda Martín no conoce límites... durante las primeras semanas de matrimonio. Pero cuando la nube color de rosa de la ilusión se desvanece lo bastante para que las realidades de la vida no queden por entero ocultas detrás de ella, Raúl empieza a sentir que el papel de esposo de

señora Morel se han comenzado con toda actividad. Don Federico, preocupado esta vez por que el espectáculo no deje nada que desear, contrató, para que forme parte del conjunto, a la pareja Tili-n y Tili-n. Son éstos, especialmente Tili-n, amigos de Magda; y como tales, no miraron nunca con muy buenos ojos a Raúl, a quien consideraban un obstáculo para que la artista hiciera carrera. El que el matrimonio se haya separado tiénelos, pues, muy satisfechos. Satisfacción que acaso contribuya a que Tili-n, charlatán de suyo, sea ya una especie de demostración ambulante del movimiento perpetuo de la sinhuera. Tanto habla el hombre y tan mareados tiene a todos, que uno de los tramoyistas, haciéndose probablemente intérprete de la desesperación general, deja caer sobre la cabeza del incontinente pariente un saco de arena, que no sólo silencia su garrulería, sino que, además, lo inhabilita para seguir tomando parte en los ensayos. Tal percance complace a las víctimas de la verbosidad del maltrato conversador, y más en especial a Serafin, pues, gracias al percance, pasa, de sim-

mujer tan aplaudida y popular como Magda resulta un poco pasado. De la categoría de favorito del Cyrano, donde docenas de mujeres hermosas se disputaban todas las noches sus miradas y sus sonrisas, ha pasado al puesto muy secundario y muy poco envidiable de «el marido de Magda Martín», lo cual lastima a un tiempo su dignidad de hombre y su vanidad de artista popular.

Puesta en tan peligrosa pendiente, la dicha del juvenil matrimonio no tarda en chocar contra los escollos de repetidos desacuerdos y mutuas recriminaciones, que acaban en el naufragio de una separación. Raúl vuelve al Cyrano. Magda busca también, en la embriaguez de los aplausos, olvidar su desilusionado amor.

Los ensayos preliminares para la obra cuya presentación respalda la

ple mozo encargado de ayudar a la tramoya, a compañero de Tílon en la pareja que ya no es Tílon y Tílin, sino Tílon y Serafin.

A todo esto la señora Morel acude a presenciar uno de los ensayos y manifiesta a don Federico que el tenor de quien le hablara, y al cual convino él en dar el primer papel, es Raúl Roland. No le sabe muy bien al empresario la noticia. Y menos aún cuando el tenor, apoyado por la señora Morel, declara rotundamente que no trabajará en la compañía a menos que eliminen de ella a Magda Martín.

Niégase el enamorado don Federico a convenir en ello, alega que sin Magda sería un fracaso la función. Mas la propia interesada resuelve el caso al encararse con Raúl y decirle que, aun cuando le rogaran que permaneciera en la compañía, está resuelta a retirarse. En seguida, pide al empresario que la acompañe a su casa.

Adonde la lleva don Federico es a la suya propia. Una vez allí, menudean las copas, y acabaría Magda por sucumbir en el artero lazo que le tiende el empresario si el recuerdo de Raúl no la impulsara a aprovechar un momento en que su acompañante la deja sola para huir de allí después de escribir una carta en la cual le revela que, pese a todo, sigue enamorada de su marido y no podrá amar jamás a ningún otro hombre en la vida.

Mientras ocurría lo que hemos dejado relatado,



FilmoTeca
de Catalunya



esta un golpe a don Federico, pero con tan poco acierto, que alcanza a Serafin, que es inocente. La noche del estreno halla a Raúl Roland en tal estado de nerviosa excitación, que todos los esfuerzos que se hacen para calmarlo, a fin de que pueda salir a escena, resultan infructuosos. Grande es la contrariedad de don Federico y de la señora Morel ante este contratiempo. Ve el uno desvanecerse sus

Tílon y Serafin, maliciando las intenciones de don Federico, llegaron a casa de éste con el propósito de auxiliar a Magda si fuere preciso.

Aunque don Federico, que acude a abrir la puerta, les asegura que Magda no está allí, no lo creen. Y cuando el empresario cierra, Serafin coloca disimuladamente en la cerradura una tarjeta que les permite a él y a Tílon abrir de nuevo y entrarse en la casa apenas se ha dirigido hacia las habitaciones interiores el dueño de ella.

Raúl, por su parte, acude a casa de don Federico acompañado de la señora Morel, a quien ha rogado lo lleve allí

en su auto, sin revelar las sospechas que le hacen desear ver al empresario con tanta urgencia.

No encontró el tenor a la que buscaba, pero si tropezó, al registrar sin miramiento alguno todas las habitaciones, con Tílon y Serafin, que sale todo confuso de la alacena donde había permanecido oculto...

Convencido de su error, Raúl Roland dispónese a presentar a don Federico toda clase de disculpas, pero en ese momento tropiezan sus ojos con el bolso de mano de Magda que está había dejado olvidado. Lleno de cólera, el tenor

esperanzas de empresario. Teme la otra que lo que ocurre comprometa seriamente la brillante carrera artística que ha soñado para su protegido.

La intervención de Tílon, que muestra a Raúl la carta dejada por Magda en casa de don Federico, cambia el curso de los acontecimientos. Al leer con sus propios ojos que Magda lo ama, Raúl sale a escena y canta. El público aplaude. Acaba por tributar al tenor una verdadera ovación cuando él sube al palco donde está Magda y entona a dúo con ella una canción en que palpita la dicha que a entrambos enamorados embarga.

Douglas Fairbanks y Bebe Daniels, en la película «Para alcanzar la luna».





Una de las más interesantes escenas de la película M.G.M., dirigida por Victor Sjöström titulada «La mujer que amo» de la que son intérpretes principales Vilma Banky, Edw. G. Robinson y Robert Ames.

EN LOS ESTUDIOS DE PATHÉ NATAN

Gaby Morlay es una francesa enamorada de España. Tiene un sentimiento artístico elevado. Marcel Levesque cuenta cuándo fué a Barcelona...

Gaby Morlay es una muchachita muy guapa por cierto, artista de cinema y gran enamorada de España.

Su mayor alegría consiste en ceñir a su cuerpecillo agitado el mantoncillo de flecos, ricillos en el cabello negrísimo y el moño bajo de mujer chulona.

Encuétrase contentísima Gaby Morlay por su último film: «Maison de danses», porque era una cinta que trataba de cosas de España.

—Yo quisiera — me dice Gaby Morlay con vehemencia — asistir en España a una corrida de toros; que me brindase la «suerte» un torero. ¡Oh! ¡Cuánto me entusiasma dicha fiesta!

—Dígame usted, Gaby: ¿está contenta de su último film «Maison de danses»?

—Encantada. Mi gran amor a España influyó poderosamente en que yo pusiera en esta película toda mi alma de artista. José Noguera, ese buen español, ha sido para mí un fiel colaborador.

—¿Qué producción «ruedan» actualmente en los estudios?

—«La bête errante». «Metteur en scène», Marcos de Gastany, con Alice Cocea y Marcel Levesque. Este será un film de un intenso realismo dramático. Los muchachos de la figuración se tuvieron que dejar la barba durante una semana. Hay unas escenas en la que figuran caravanas de traperos auténticos. Miseria, vidas destrozadas.

—Pobres muchachos. Imagínese cómo los habrán recibido sus novias. La vida del cinema requiere grandes sacrificios.



¿Tiene usted algo interesante en su vida privada? Me perdonará Gaby Morlay por esta incorrección...

La actriz queda un momento pensativa. Luego responde con alguna tristeza:

—¿Qué puedo decir yo de interesante? Me gusta mucho bordar. Algunas mañanas voy al museo del Louvre; soy gran aficionada a la pintura. Toco el piano de oído y me gustan los tangos extraordinariamente.

—Es usted una maravilla en aplicación. Luego tan guapa y tan simpática. ¿Qué artista admira usted más, Gaby?

—Velázquez. Medito un momento ante la ratificación; podría hacer plancha.

—¿Se refiere usted al pintor, señorita?

—Naturalmente. Yo conozco todas sus obras. Además, tienen ustedes otra artista que no han sabido apreciar en lo que vale: Raquel Meller... En eso han sido ustedes un poco ingratos.

El célebre actor cómico de Pathé,

Marcel Levesque, interrumpe repentinamente nuestra conversación.

Me pregunta qué hora tengo. Me felicita por la tonalidad de mi corbata, me da un cigarrillo y se queda con mi caja de fósforos.

—Bueno, adiós — se despide Marcel Levesque, tendiéndome su mano —. No me dejan tomar el sol. Y ya ve usted lo difícil que es en París ver el sol.

La curiosidad le retiene unos momentos, mas para preguntarme:

—¿Gustan nuestras películas en España?

—Amigo Levesque. Su personalidad es ya muy definida, como la de Gaby Morlay. Todos sus films resultan interesantísimos. Nosotros admiramos y estudiamos en el artista extranjero.

—La primera vez que yo fui a Barcelona recuerdo mucho unos caracoles que comí... ¿Dónde era?

—¡A «scène»! — gritan al actor.

Yo temblo de verme comprometido en el conflicto de una reclame, y procuro distraer su pensamiento.

—Sabe usted que muchas señoritas, lectoras de FILMS SELECTOS, me escriben para que cuente detalles de su vida... Además, solicitan su dirección.

—¿Y son guapas?

—Verdaderas preciosidades...

No me deja terminar mi elogio. Le han llamado nuevamente y se aleja él, malhumorado, con sus andares grotescos de elefante.

«Pathé Natán» ha terminado su película: «A tout cœur», y actualmente filma en los estudios de Joinville «La bête errante».

Es un espectáculo triste y curioso ver a los «comparsas» de este film por Joinville con su indumentaria raída y cubierta la cara de pelos por la ausencia de un afeitado. Son exigencias del cinema y también de la miseria que existe en París. El cine, traspuestos los estudios, pierde su parte romántica de encanto legendario. Se trabaja vulgarmente, intensamente, a merced de la voluntad de un hombre, el «metteur en scène», y no siempre dotado del amplio talento necesario para encauzar bien a los artistas por este sendero difícilísimo del séptimo arte.

LUIS SÁNCHEZ DE MORALES
París, mayo 1931.



El CINEMATÓGRAFO Y AZORÍN

EN diversas ocasiones hemos podido conversar con el ilustre cantor de Castilla, don José Martínez Ruiz, «Azorín», sobre temas relacionados con la entraña del cinematógrafo. «Azorín» es un admirador fervoroso del cine, como lo son Cristóbal de Castro, Baroja, Valle Inclán y otros grandes escritores, y del mismo modo que no lo son Pérez de Ayala y los hermanos Quintero. El primero de estos últimos escritores mencionados, habla del cinematógrafo en un sentido fundamentalmente peyorativo, y, dada la calidad intelectual del autor de «Belarmino y Apolonio», sus razones en contra de este arte no pueden ser desdénadas así de plano, sin previo examen y compulsación.

Pero no es el objeto del comentarista extenderse en consideraciones acerca de los motivos o concausa que inducen a varios de nuestros grandes literatos a estimar o desdenar el arte cinematográfico, sino exponer y analizar una sugestiva teoría de «Azorín» acerca de las imágenes cinematográficas.

Existe un libro a hacer, que es este de la posición de nuestros más conspicuos hombres de letras frente al cine. Sería un libro altamente interesante. Nosotros apuntamos la idea, para que cualquiera cineasta de talento lleve a cabo la obra.

La teoría azoriniana de las imágenes, ha sido denominada por su autor «teoría de la polivalencia de las imágenes». Y está expresada con las siguientes palabras, dichas por el ilustre escritor a nosotros en el curso de una extensa conversación sostenida con él, y en la que hablamos de diversos temas literarios y artísticos. No hay que olvidar que el cinematógrafo es uno de las muchas facetas literarias, pues en todo aquello que hay vida, hay literatura:

«Creo que el cinematógrafo tiene cierta superioridad sobre el teatro. Esta superioridad consiste principalmente en lo que yo llamo la polivalencia de las imágenes. El cinematógrafo permite expresar varios estados espirituales totalmente distintos. Esta valoración de planos constituye indudablemente una superioridad sobre el teatro. El teatro se vale de los apartes para expresar los estados de conciencia provocados por la interpelación de los personajes, al producirse en uno de ellos — si es humano —, la reacción que era de esperar. Los apartes son un procedimiento anticuado e ineficaz. En cambio, el cinematógrafo, pese a su mudéz — esto ya no se refiere a nuestros días, de cinematógrafo sonoro —, expresa con toda plasticidad las emociones de todos y cada uno de los personajes que intervienen en la obra. Por ejemplo: supongamos que en una casa hay un enfermo. Este enfermo sufre una gran fiebre, y por consecuencia de ella, el termómetro, que, en otras ocasiones es un simple instrumento médico, adquiere ahora una máxima categoría... Todo en la acción gira en torno al termómetro, que no es más que el símbolo expresivo de una vida en peligro... En todos los semblantes se refleja la emoción... Todo está pendiente de las alteraciones del termómetro... Véase, pues, que el termómetro es, en cierto modo, el verdadero protagonista. En el cinematógrafo esta valoración absoluta, egocéntrica, que adquiere el termómetro, por efecto de su representación y simbolismo — ya sabemos que el símbolo no existe sino en cuanto tiene una correspondencia directa con lo simbolizado —, alcanza toda su plenitud, toda la jerarquía que le pertenece... En el teatro esto sería totalmente inexpressable...»

Esta teoría de «Azorín» ofrece puntos de un incalculable interés para profundizar en el estudio crítico de las características emocionales del cinematógrafo. El pensamiento del ilustre escritor se polariza en el siguiente hecho concreto: la elocuencia, el grafismo, la expresividad que los objetos inanimados adquieren para representar, por sí mismos, estados de conciencia en los protagonistas de la fábula... ¿Quién no recuerda alguna película, en la que un personaje cualquiera tiene que ejecutar tal o cual acción funesta a una hora determinada?... Cuando esto sucede, ¿qué es lo que incidentalmente adquiere mayor relieve y capta por entero toda la atención y emoción del espectador, sino el objeto que determina el transcurso del tiempo, es decir, el reloj?... ¿Con qué placer detendríamos las manecillas para que la hora de consumarse la acción fatal no llegase nunca!...

Sin embargo, esta teoría — pese a su verosimilitud —, como todas las teorías, no es absoluta, no llena el ámbito de todas las posibilidades, no es rigurosamente aplicable a todos los casos, ni en todos los casos surtiría los mis-



mos efectos. Véase una demostración: ¿Conocen ustedes una magnífica pieza teatral de Maurice Maeterlinck, el famoso poeta belga, titulada «La intrusa»?... El argumento es el siguiente:

Una mujer ha dado a luz... Su estado es de cuidado... En el hogar se hallan el abuelo del recién nacido, el padre, el tío y las tres hijas... Pero se espera una visita; la visita de un pariente, una Hermana de la Caridad, que ha de venir a ver a la enferma... Se la espera con la máxima impaciencia y emoción... En todos los semblantes se expresa el anhelo, una ansiedad infinita... Se suceden varias escenas llenas de pausas largas, esas pausas terribles, esos océanos de silencio, en las que se condensa toda la recóndita emoción de la tragedia, esas pausas que son de una elocuencia aterradora, sobre las cuales se cierne un hábito extrahumano de inquietud; esas pausas que son como pulsaciones rítmicas de lo infinito, llenas de misterios, de terrores, de gritos contenidos, de sollozos, de lágrimas y de esperanzas... Y llega la visitante... Pero ¿saben ustedes quién es la visitante?... ¡Es la Intrusa!... ¡La Muerte, que llega misteriosa, alada, ingravida!...

Ahora bien; todos estos estados de ansiedad, de emoción, en el teatro son expresados por esas pausas, por esos apartes, por la expresión de los semblantes, por los silencios agobiadores... ¿Cómo sería expresado todo esto en el cinematógrafo?... No lo podemos decir a ciencia cierta. Ignoramos lo que el genio de un Eisenstein, de un Murnau o de un Gance podrían hallar para darnos la sensación de todo este cúmulo de emociones, de bergsonianos estados de intensidad psicológica, pero posiblemente se tendría que recurrir a un símbolo, a una figura, aunque fuese sólo una sombra, a alguna manifestación gráfica...

¿Duda alguien de que sea mucho más fina, más sutil y más humana la expresión teatral de «La intrusa», de Maeterlinck, que la cinematográfica?...

FRANCISCO CARRVACA



Ben Lyon no puede asegurarse en qué año nació, aunque sí se sabe que fué el día 6 de febrero.

BIOGRAFÍAS BREVES

BEBE DANIELS - BEN LYON

DOBLE SILUETA

A la trazar la doble silueta de este simpático y flamante matrimonio de artistas, a fuer de galantes, nos ocuparemos primero de la gentilísima esposa.

Bebe Daniels vino al mundo el 14 de enero de 1901 en Dallas, estado de Texas, descendiendo de españoles, escoceses y

holandeses, pero ella es un magnífico ejemplar de la raza californiana, pudiendo decirse que nació en la escena, pues sus padres, que eran actores, le hicieron representar un papel importante aunque corto, cuando contaba dos meses y medio de edad.

En esta atmósfera creció la niña, siendo sus parientes predilectos su respetable abuela, D.^a Eva de la Plaza, natural de Bogotá, y su primo segundo, Lee De Forest, cuyo nombre se cuenta entre los de inventores conocidos.

La primera ambición de la pequeña fué ser *cowgirl* y escribir versos entre las galopadas. Fué educada en un convento, sin perjuicio de tener profesores particulares, y en sus días de colegiala se distinguió en la esgrima, llegando a ser campeona de florete. Añádese que aun sigue practicando este difícil deporte que es uno de sus favoritos.

Después se aficionó a la pintura, dedicándose con ahínco al manejo de lápices y colores, no sin bastante aprovechamiento, según la opinión de sus maestros. La hermosa estrella aun espera poder continuar sus estudios y llegar a ser una pintora notable.

La pequeña Bebe debutó en la pantalla cuando tenía siete años, en la película «El enemigo común». Así continuó representando papeles de niña hasta que «se subió» el pelo, y fué escogida como compañera (en la pantalla) por Harold Lloyd. Con el artista de las gafas representó unas doscientas comedias, y Jesse Lasky, en vista de las condiciones de la muchacha, ofreció a ésta un ventajoso contrato para representar características. La pobre Bebe rompió a llorar y en poco estuvo que se desmayara.

Durante los intermedios en el trabajo del *screen* la joven pisó la escena, adquiriendo el rango de estrella en «El Príncipe Chap». Mas no tardó en volver a la pantalla, cuyo trabajo prefiere, no sólo porque está mejor pagado, sino porque permite disfrutar más de la vida hogareña.

Ha ganado mucho dinero, y se dice que es una de las actrices más acaudaladas de todo Hollywood. Según su propia opinión, su mejor papel ha sido en «Rio Rita» y «Llévame a casa» en el que ha estado menos afortunada.

Sus actores predilectos son, en la pantalla: Jorge Arliss, Norma Shearer, Greta Garbo, Joan Crawford, Douglas Fairbanks y Ronald Colman. Y de la escena: Mairlyn Miller, Ethel Barrymore y Otis Skinner.

Es entusiasta de las obras de Shakespeare y entre los autores modernos da la preferencia a Noël Coward. Le gustan el jazz de Irving Berlin, las sinfonías de jazz de Jorge Gerohwin y la música sinfónica de Wagner.

Si alguna circunstancia imprevista la obligara a dejar la pantalla, se dedicaría a decoradora de interiores, habiendo demostrado su gusto y aptitudes para este arte en el decorado de las tres casas que posee en Hollywood. Además, es una excelente mujer de negocios, que sabe extraer crecido rendimiento a su capital.

No le gusta vivir en ninguna parte que no sea la California del Sur, ni encuentra necesario hacer sus compras en Nueva York o París, cuando, según ella, en las tiendas de Hollywood se encuentra cuanto puede ambicionar el más refinado gusto.

Por las mañanas suele dar un largo paseo a pie o dedicar un rato a la natación, aunque a su parecer, una lección de canto es el ejercicio más saludable que existe.

No es aficionada a los sistemas de rigurosa dieta. Opina que un régimen de alimentación moderada, en el que se conceda poca parte a las grasas y farináceas, es cuanto necesita una mujer que desea conservar la línea.

Aunque parezca inverosímil, su plato favorito son las espinacas. También le gustan mucho las chuletas de cordero, la langosta y casi todos los fríos, muy especialmente los tomates, que hace preparar, según esta receta especial: Córtense los tomates en cuartos y se echan a la sartén, sazonándolos con mantequilla, azúcar, sal y un poco de pimienta, y se muelen hasta que formen una pasta, que se sirve como acompañamiento para toda clase de carnes.

Tampoco faltan en su mesa los plátanos fritos en mantequilla, con azúcar y vainilla.

Conserva su belleza por medios muy sencillos: abundante sueño, cuyo mínimo sea de siete horas diarias, una crema de confianza para preservar el cutis contra las inclemencias de la temperatura. Agua y jabón mañana y noche; un vaso de agua caliente con el zumo de medio limón en ayunas, ejercicio diario y respirar el aire puro a plenos pulmones.

Sin perjuicio de la esgrima. Bebe práctica con afición los deportes acuáticos, así como la equitación y el golf. Entre los juegos de sociedad concede la preferencia al bridge.

Es entusiasta de su hogar doméstico, que comparte con Ben Lyon desde que se casaron en junio de 1933, y ya que hemos nombrado al marido, trazaremos su silueta a grandes rasgos.

Este conocido héroe de la pantalla nació en Atlanta (Georgia) el 6 de febrero de uno de los últimos años del siglo pasado, según unos y según otros en el mismo día del año 1900, siendo descendiente de anglosajones. Fue educado en Baltimore y se distinguió en la escuela por su actuación en los equipos de «baseball» y pelota vasca, así como por el acierto con que representó algunos papeles, en el club dramático de la escuela.

La primera ambición del futuro astro fue ser médico. El hecho de estar tan inmediata la famosa Universidad de John Hopkin, ejercía una especie de fascinación sobre todos los muchachos de Baltimore, pero el haber tenido que trasladarse su familia a la capital, varió el rumbo de sus ideas.

La casualidad hizo que un día, al ir a la escuela, ya en Nueva York, entrara el jovencito en un estudio y viera cómo se hacían las películas. Cual inspirado por súbita idea, preguntó a un sujeto (que por casualidad era el director) si no podría él obtener trabajo allí, y la respuesta fue que volviera al día siguiente.

Desde esa fecha empezó a ejercer de comparsa, sin adelantar gran cosa. Esto hizo que se pasara al teatro, en el que tuvo más suerte, logrando obtener un papel de importancia en «Diez y siete». Después representó varias obras con la famosa «Jeanne Cagles», siendo su papel preferido el de «El moscardón».

Ya conocido como actor, volvió a la pantalla (cuyo trabajo prefiere por la misma razón que su esposa), y de ahí data el comienzo de su brillante carrera, siendo, a su juicio, su mejor papel el que representa en «Los ángeles del infierno». La película que más le gusta es «Las siete mujeres de Barba Azul», y el peor de sus papeles el de «El sombrero de copa».

Nos parece casi superfluo manifestar que su estrella predilecta es Bebe Daniels, y entre los astros concede su preferencia a Douglas Fairbanks hijo y Philip Holmes.

Su actual ambición es llegar a ser un



Bebe Daniels vino al mundo el 14 de enero mes de enero en Dallas, estado de Texas, y fué la compañera de Harold Lloyd en todas las películas de su primera época.

buen director de películas, y si por causas desconocidas tuviera que renunciar a la pantalla como actor y director, es casi seguro que se dedicaría a la aviación.

Considera que Berlín es la mejor de las ciudades europeas, mas para vivir prefiere el sur de Francia. Se viste en Nueva York.

No sigue ningún sistema de dieta; su divisa es «no atracarse» y su manjar favorito es el mantecado. Cuando come en algún restaurante con su bella esposa, no deja de encargarse dos raciones de mantecado, y como ella muy pocas ve-

ces toma postre, suele tomarse él la parte de ambos.

Para conservarse en buenas condiciones físicas, juega al tenis, que es el deporte que prefiere, sin que deje por eso de practicar la pelota, la natación y el boxeo. Otra de sus grandes aficiones es la aviación, a la que le gustaría dedicarse, si no fuera por su amor a su mujer y a la pantalla.

Es un marido ejemplar y como su gusto por el hogar doméstico halla eco en el corazón de su hermosa compa-

(Continúa en la página 24)

(Continuación.)

Un día Julia se le acercó, dulce y cariñosa como de costumbre, a decirle que tenía algo importante que comunicarle. Liliom, malhumorado, la atajó antes de que hablara:

—Ya sé. Me vas a decir que debía buscar empleo, que soy un gandul..., que debía haberte dejado casar con ese carpintero viudo que tiene dos hijos.

Ella hizo protestas de que nunca podría decirle semejantes cosas, a lo cual él objetó.

—Quizás no lo digas, pero lo piensas. Lo noto en tu mirada, en tus pasos...

Y ya se disponía a salir sin escuchar, cuando Julia, persiguiéndole con sus ojos, con su corazón, con su persona toda, insistió así:

—Lo que te quiero decir, Liliom, es algo muy distinto.

—¡Pues bien! ¿Qué es? ¡Dímelo!...

Y como ella vacilaba pensando tal vez que no era aquella situación violenta la más a propósito para revelar su secreto, Liliom la apartó de sí con tal fuerza que la pobre muchacha cayó al suelo y fué a dar de cabeza contra la pared.

Al darse cuenta él de lo que había hecho, corrió al lado de ella y enjugándole unas lágrimas que dejaban escapar aquellos bellos ojos, le dijo:

—¡Perdóname, pobrecita mía! No lo hice con intención.

Luego, como queriendo huir de sí mismo, echó a correr hacia la calle.

No se había levantado todavía Julia del suelo, ni sus ojos habían dejado tampoco de llorar cuando en el quicio de la puerta apareció el carpintero y le dijo:

—Vengo porque he sabido que no era usted feliz.

—Muchas gracias — contestó ella —, pero me siento completamente dichosa.

El buen hombre volvióse, resignado, como lo había hecho tantas veces.

Afuera se había encontrado Liliom con «El Cuervo», que seguía proponiéndole «soluciones». Habló de cierto cajero que, con su maletín repleto de dinero y de valores, pasaba todas las noches por un paraje solitario, allá por donde pasaba el ferrocarril; y al objeto de convencerle de que era cosa fácil, llevó a Liliom a aquel sitio y le explicó con todos los detalles su plan para el atraco.

Liliom se horrorizó de aquel proyecto. Se le representó en seguida la cárcel, con sus torturas, con sus miserias, vió a Julia llorando su infamia, su deshonor, y vió también a Dios pidiéndole, severo, cuenta del crimen. Ello le dió fuerzas para decir:

—No cuentes conmigo para esto, Cuervo.

Quiso en seguida cambiar el rumbo de la conversación, y mirando las líneas paralelas de la vía, dijo a su compañero:

—Mira estos rieles. Van derechos a Viena.

—Más lejos aún — contestó «El Cuervo» — a París, punto de embarque para América.

Liliom suspiró. ¿Cuánto le hubiera gustado llevar a París, a América, a su pobre Julia! De pronto, se acordó de que ella tenía algo importante que decirle y volvió a casa, dejando atrás al «Cuervo», que seguía hablándole de sus diabólicos planes.

En casa le esperaba madame Muscat, que no se resistía a perderlo y había ido de nuevo a ofrecerle su antiguo empleo y a provocarle con su belleza espléndida y sus desvergonzadas insinuaciones. Liliom la rechazó con energía y una vez solo con Julia, preguntóle, ansioso, cuál era el secreto que tenía para él. Julia habló. Dentro de poco sería madre. La noticia produjo a Liliom un júbilo loco. Corrió a la feria gritando a toda la gente con quien se tropezaba:

—¡Julia va a tener un hijo!— Y le sorprendía en gran manera la indiferencia con que era recibida la buena nueva.

¿No era acaso algo extraordinario, algo inaudito, que Julia fuese a dar a luz un hijo y, que él, Liliom, fuese su padre? ¿Qué otra cosa más importante podía haber en el mundo? ¿Con qué derecho aquellos transeúntes se paraban embobados ante las grotescas atracciones de la feria? ¿Cómo es que el carrousel seguía dando vueltas a los acordes de su música enervante?

(Continuad.)



¿MI PRIMER AMOR?

CONFIDENCIAS
DE MARY BRIAN

Lo que voy a relatar sucedió antes de mi ingreso en la vida cinematográfica. Si algo interesante puede tener mi biografía, hay que buscarlo en el período de mi adolescencia, cuando, muy lejos de sospechar que había de llegar a ser estrella de cine, andaba por el mundo, en compañía de mi madre, haciendo frente a las exigencias de la vida.

Formaba parte de una compañía de circo ambulante, en calidad de acróbata ecuestre. Mi trabajo era difícil y arriesgado. Sin embargo, en los largos meses de mi vida funambulesca no llegué a ganar lo que me produce un solo día de mi actual trabajo.

En San Francisco de California dejé la compañía de circo para ingresar como modelo en un almacén de modas. Mi nueva profesión no me resultaba mucho más remuneradora, pero, cuando menos, me garantizaba la integridad personal y era mucho más tranquila.

Entonces conocí a un artista, un pobre bohemio con los bolsillos vacíos y el corazón henchido de entusiasmo y esperanza.

Estaba leyendo, a la sazón, la «Vida Bohemia», de Murgar, obra que impresionó profundamente mi corazón, un poco enfermo de romanticismo como todo corazón recién abierto a la vida, y sin duda esto favoreció a mi ferviente amigo.

Un día me pidió que fuera a su estudio para servirle de modelo, y no supe negarme. Sólo le interesaba mi rostro, y, por otra parte, me hizo toda clase de protestas de respeto, en las que yo creí, porque creía en la pureza de su alma.

No experimenté la menor inquietud cuando por primera vez penetré en el humilde estudio y quedé a solas con él tras la puerta cerrada. En efecto, no tuve que arrepentirme de mi confiada actitud. Mi ferviente amigo se encerró en su arte, y en las intensas miradas que dirigía a mi rostro, no había más que un interés artístico, un deseo de captar en ellos las cualidades del alma para trasladarlas después al papel o al lienzo.

Terminada la sesión, me dio fervorosamente las gracias. Me aseguró que jamás había logrado tanto en tan poco tiempo y me suplicó que volviera.

—¿Cuándo? — le pregunté.
—Cuando usted quiera — contestó —. No daré una pincelada hasta que usted vuelva.

—Volveré mañana — dije entonces.
Y volví. De aquella segunda sesión me despedí, sin que él nada me pidiera, con estas palabras:

—Hasta mañana.
Y, desde entonces, ésta fué mi diaria despedida.

Comenzamos a amarnos en silencio. Él, por respeto, nada me decía; yo no creía prudente hablar.

Un día, cuando posaba sentada cerca de él, dejó los pinceles y vino hacia mí para corregir la posición de mi cabeza. Estaba muy lejos de su ánimo lo que iba a suceder. Con un interés puramente artístico, cogió mi cara con sus manos. De pronto, le vi cambiar de expresión. Sus ojos se habían fijado en los míos, como fascinados. Sentí

(Continúa en la página 24)

Filmoteca
de Catalunya



Misterios de medianoche

PELÍCULA RADIO PICTURES

Comedia dramática, dirigida por George B. Seitz e interpretada por Betty Compson, Hugh Trevor, Lowell Sherman, Rita La Roy, Ivan Lobedeff, etc.

Gregorio Sloane, joven, rico y soltero, es el anfitrión de una fiesta organizada en un viejo castillo de su propiedad, situado en las costas de Maine. La noche en que se celebra la fiesta tiene un aspecto sombrío e imponente. El viento bate con furia de huracán. El rugir del trueno y el vivo resplandor de los relámpagos iluminan por momentos el espacio, destacando, en la oscuridad, el impresionante cuadro de los elementos desencadenados.

Los invitados a la fiesta son: Sally Vagne, novia de Gregory, notable novelista y narradora de aventuras e historias misteriosas; Tom Austen, abogado criminalista, y su esposa, Madeline, la que coquetea de manera bastante indiscreta con Mischa Kawelin, pianista ruso; Paul Cooper, su esposa Harriet y Louise Hallister, muchacha pizpireta y alegre...

Mientras los invitados toman un refresco, después de oír una de las interesantes narraciones de Sally, Madeline se lleva a Mischa y le declara su amor sin percatarse de que Tom, su esposo, acecha el idilio. Mientras tanto, Gregory y Sally riñen y ésta le devuelve su anillo de pedida.

Para entretener el tedio de la velada, Gregory y Mischa simulan una pelea, siendo separados por Paul y por Tom. Mischa sigue la broma y sale fuera del castillo, bajo la lluvia. Gregory le sigue, tomando antes una pistola del armero.

Dentro sigue la conversación sobre crímenes y asesinatos. Tom asegura que todos los criminales confiesan en su hora postrera. Por lo menos así lo haría él, según dice, si fuera criminal.

Poco después regresa Gregory, agitado, enciende la luz y vuelve a apagarla, sonando en la oscuridad el seco estampido de un disparo. Gregory reaparece con una pistola humeando en sus manos, declarando que acaba de matar a Mischa, arrojando su cuerpo al agua desde un precipicio. Todos corren a auxiliarle, viendo con horror que el cuerpo del infortunado Mischa flota a impulso de la corriente. Gregory vuelve a sus habitaciones, aparentemente desesperado y arrepentido de su crimen.

Sally es la primera que entra en su cuarto y Gregory le confiesa que todo es una broma para asustar a Tom. Lo que flotaba en el agua era un muñeco vestido con las ropas de Mischa, el que no quiere dejarse ver, insistiendo en atemorizar a Tom. Por fin reaparece, pero Tom no se inmuta. Aprovechando que las sospechas han de recaer sobre Gregory, dispara y mata a Mischa para vengar sus ofensas. Después toma el inanimado cuerpo y lo lanza al mismo lugar donde lo habían visto todos los invitados.

A la mañana siguiente Gregory se levanta tranquilamente, esperando las consecuencias de su broma, cuando ve, asombrado, cómo dos hombres conducen el cuerpo inerte de Mischa, atravesado por un balazo.

Gregory hace protestas de inocencia, pero todo es inútil. La confesión de la noche anterior se vuelve contra él. Madeline, no pudiendo ocultar sus afectos, abraza el cadáver de su amado. Sally la separa y advierte que entre las manos crispadas del muerto hay un botón. Lo guarda y comprueba que pertenece al cortinaje del dormitorio.

Sally corre a su cuarto y mezcla en un vaso de whisky una extraña composición. Tom entra poco después y le hace el amor. Ella le rechaza, amenazándole con suicidarse. Tom apura el vaso de whisky. Al verlo, Sally lanza un grito y le advierte que se ha envenenado... Todos los de la casa acuden a las llamadas de Sally, la que les informa que Tom se ha tomado una disolución de estricnina preparada para ella.

Es tal el terror de Tom, que no queriendo llevar la conciencia manchada a la tumba, confiesa ser el autor de la muerte de Mischa. Entonces Sally descubre, a su vez, su trifulcha. Lo del veneno ha sido un truco para arrancar la confesión del crimen a Tom, de quien ella sospechaba, ya que el crimen tenía que haber sido cometido dentro de la casa, como lo indicaba el botón hallado por ella en la mano del muerto.

Gregory y Sally, después de tantas y tan encontradas emociones, hacen las paces de una vez para siempre...



LOS ASES SINTETIZADOS por Catalina Prats



CHARLOT. — El eterno abandonado.



DOUGLAS. — El hombre libélula.



GRETA GARBO. — El vampirismo científico.



Buster KEATON. — Impasible hasta en el día del Juicio Final.



MENJOU. — El vencedor de las damas y del tiempo.



LILIAN GISH. — La víctima de la sociedad.



JANNINGS. — La víctima de las malas mujeres



BEBE DANIELS. — Más fuerte que Douglas.



CHEVALIER. — El anti-Jannings. Por las mujeres asciende.

OPINAMOS QUE...

Resurrección, película de la «Universal», interpretada por Lupe Vélez y Luis Alonso.

Lo primero que se nos ha ocurrido antes de entrar en el nuevo local de la Plaza de Urquinaona, ha sido preguntarnos si realmente ofrecía algún interés excepcional el hacer hablada en español la popular novela de Tolstoi. Y nos lo hemos preguntado porque — aun fiándonos solamente del endeble archivo de nuestra memoria — recordamos que con esta ya son tres las versiones cinematográficas que se han hecho de «Resurrección»: la de Maria Jacobini, la de Dolores del Río y la que íbamos a ver de Lupe Vélez.

Y el escepticismo que de antemano sentíamos por el interés que pudiera encerrar esta realización del cine hablado, fué quedando plenamente justificado a medida que íbamos viendo el film. No vimos en él un solo motivo de suficiente valor artístico que justifique su actual realización, ni en el aspecto fotográfico ni en el orden sonoro.

La visión cinematográfica de esta «Resurrección», de la «Universal», es esencialmente la misma de la «Resurrección» que vimos, años atrás, a Dolores del Río con Rod la Roque, de «Artistas Asociados». Es más, algunas escenas dan in-

cluso la sensación de que son las mismas de la cinta muda, con las consiguientes variaciones accidentales para facilitar la impresión del sonido.

Y, por más que se opusiera en lo posible nuestra discreción, la fuerza del desacierto nos ha llevado irresistiblemente a recordar la vieja cinta de «Artistas Asociados», originándose así una involuntaria comparación entre ambas películas que pone más de relieve las deficiencias de la nueva realización. La necesidad de dar el conveniente desarrollo al diálogo — que implica siempre una inevitable lentitud en la acción — les ha obligado a recortar algunos episodios y a prescindir en absoluto de otros, de modo que perjudican sensiblemente la acción lógica de la obra tolstoiana. Porque conocemos perfectamente su desarrollo, llegamos a disimular un tanto el mal efecto de ver así truncada la sucesión de los hechos; pero no cabe en buena técnica — ¿quién lo duda? — el confiar en este anticipado conocimiento de la obra por parte del público para limitar el proceso psicológico del drama a unos diálogos más o menos explícitos.

Los héroes de la cinta — él y ella — consiguen sacar buen partido de su papel; las segundas partes, en cambio, son tan deficientes, que, sin querer, nos hacen recordar una vez más el conjunto harmónico de la antigua «Resurrección».

En un período, pues, como de prueba, en que no está concretamente definido el porvenir del cine hablado, gozamos un verdadero interés — volvemos a preguntarnos — la filmación sonora de una película que ya hemos conocido perfecta en el cine mudo? — L. C. R.

EL HOGAR Y LA MODA

REVISTA DECENAL PARA LA MUJER

LA REVISTA DE MODAS
MÁS POPULAR DE ESPAÑA

En cada número, compuesto de más de 40 páginas, se publican numerosos y elegantes figurines de París y Londres, modelos de preciosas labores en colores, multitud de ilustraciones para toda clase de trabajos del hogar, folletines de novelas y otros de interés general. Publica varios números extraordinarios al año, los cuales se reparten a los suscriptores sin aumento de precio; pasoramas de figurines de temporada tirados a todo color; páginas en hule grabado con informaciones sobre la moda, vida cinematográfica, cocina, charlas sobre belleza, modistería casera, novedades para el hogar, etcétera.

Además, en cada número se publica el suplemento infantil para niños.

KI-KI-RI-KÍ

y constantemente se proponen a los lectores

INTERESANTES CONCURSOS CON VALIOSOS
PREMIOS EN OBJETOS Y EN METÁLICO

Ejemplar suelto,
40 céntimos

Suscripción mensual,
1 peseta

Si desea recibir un número de muestra, recorte y llene el adjunto cupón, y

Se lo mandaremos gratis.

EL HOGAR Y LA MODA

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 30 y 32, MADRID

Agradeceré me remitan gratis el número de muestra que ofrecen en films selectos

Nombre

Domicilio

Población

Provincia

BEBE DANIELS-BEN LYON

(Continuación de la página 29)

lera, ambos pasan juntos una vida felicísima, planeando reformas y mejoras en su magnífica vivienda.

La biblioteca es uno de los aposentos más espaciosos y notables de la suntuosa morada. Ben gusta de leer las obras de Jack London, Joseph Conrad, De Maupassant y Robert Burns. En cambio los escritores preferidos de Bebe son Dickens, Anatole France y Oskar Wilde, y como literatura más ligera, Ste-

phen Leacock y Donald Ogden Stewart.

Las opiniones políticas del joven matrimonio son moderadas, e intervienen en la política local nada más que lo necesario para cuidar sus intereses y propiedades.

Ni el marido ni la mujer son aficionados a ruidosas fiestas populares, ni a colores chillones y menos aún a las intervenciones y a la murmuración.

Respecto a los autos, su marca favorita es la «Ford», de la que tienen en su garage particular tres coches, mas también poseen un magnífico «Rolls-Royce» para las ocasiones extraordinarias.

Para terminar diremos que Ben Lyon mide 1'80 metros de estatura y su peso es de 79 kilogramos, y Bebe mide 1'58 metros y su peso no excede de 58 kilogramos. Él tiene el cabello oscuro y los ojos de un azul grisáceo; ella es rubia con ojos garzos. Los dos están contratados por la casa Warner Brothers, y las últimas películas en que han tomado parte Bebe Daniels y Ben Lyon, han sido, ella, en «Mi pasado», «Una mujer de mundo» y «El honor de la familia» y él en «Mi pasado», «La heredera fogosa» y «La enfermera nocturna».

(Fots. Warner Bros y Vitaphone Pictures)

tante; pero Miles encontró la ocasión de estrechar a la joven en sus brazos y besarla como si fuese por última vez en su vida.

— ¡Por mi gusto no te soltaría! — exclamó por fin.

— ¿Y no crees... no crees que puede ocurrir algo que te impida regresar? — preguntó ella rodeándole el cuello con los brazos.

— No, mil veces no — replicó Sheridan tranquilizándola.

— ¿Y no podrías cambiar de idea y llevarme contigo? — preguntó Teresa, que no se resolvía a separarse de él.

— ¡Ojalá pudiera! Pero estoy seguro de que no es conveniente — contestó Miles. — Si al llegar a Argel no es muy tarde, te telegrafiaré. Así tendrás noticias mías al despertar por la mañana. A lo sumo las recibirás a mediodía. Tú también telegrafíame esta noche, ¿quieres? Mas no lo hagas al yate, sino al Hotel Cecil, pues me hospedaré allí.

Se le ocurrió esta idea entonces y, como se ve, la aprovechó con rapidez.

— ¿Y ¿por qué no vas al San Jorge, que tiene una terraza y un jardín tan bonitos, puesto que no quieres alojarte en el yate? Me gustaría saber qué estás allí.

— No, El San Jorge me resultaría ahora demasiado lejos — contestó excusándose, aunque la verdadera razón era que no quería ir a un lugar en donde viera a Pablo de Salvaño.

— Sé tan feliz como puedas, porque el tiempo pasará de prisa. No vayas a pasear sola sin Harkness, a menos de que se trate de paseos muy cortos. No soy un tirano... todavía. Y ahora recuerdo, querida mía, que te hablé de las bailarinas *Ouled Nail*, de Bousaada. Entonces creí que te interesarían sus bailes. Pero eso era anteayer noche. Ahora ya eres mía. Si aquí se celebra algún baile y un guía te ofrece acompañarte, prométeme que no irás. Aparte de otras

consideraciones, desearé que no asistas a este espectáculo sin mí.

— No tendré ganas de ver nada durante tu ausencia — contestó Teresa.

Sheridan volvió a besarla. ¡Oh, qué dulce era la joven! Si no hubiese tenido un pasado inconfesable, Miles habría sido feliz en absoluto, a pesar de Isabel o de cuanto pudiera hacer. Aunque si su amada no hubiese tenido aquel pasado, él no la habría llegado a conocer. Por otra parte, no estaba dispuesto a entristecer la vida de Julieta, ni la suya propia, por lo que ya no era posible cambiar. La noche anterior juró a la joven no hacerlo, y cumpliría su palabra en beneficio de ambos.

Teresa bajó hasta el zaguán del hotel para verle marchar, y cuando él estaba ya lejos, se volvió para mirarla por última vez y observó que agitaba su pañuelo en señal de despedida. Este último brillaba al sol como blanca mariposa, y el astro teñía de rojo el cabello de la joven. Una gacela mansa que se había convertido en animal doméstico del hotel se acercó a Teresa con la esperanza de que le diese un dátil o un terrón de azúcar, y la delicada figura del animal se apoyaba en la de la joven, a cuyo lado estaba, también, el perro amarillo que Miles vio en el comedor.

Teresa parecía una joven ninfa rodeada de sus animales preferidos, según se imaginó Miles, mientras se alejaba en el automóvil y aquella visión se desvanecía, sintió un éxtasis especial que nunca experimentara al pensar en una mujer. Mas su emoción hubiera sido menos agradable de haber visto a los cuatro jóvenes que estaban asomados a las persianas verdes semicerradas del comedor y que se reían y bromaban entre sí, o si hubiese podido oír lo que se decían.

El capitán Gilbert se apresuró a salir antes de que la joven pudiese empezar a subir la escalera y utilizó su perro como excusa.

mujer, Miles sintió un asco extraordinario. Ella sacrificó siempre a los demás en beneficio propio. Y aun para satisfacer un pequeño capricho de una hora, habría sido capaz de quitar la vida a su mejor amigo. Pero no lograría hacerle desgraciado. De ningún modo.

Antes, poco le importaba lo que tuviera que abandonar en beneficio de Isabel, porque ningún interés tenía por cosa alguna. En cambio,

ahora tenía a Julieta, era suya y no se resignaría a perderla para complacer el despecho celoso de aquella mujer contra el italiano.

— ¡Por Dios! (Si ella no quiere divorciarse de mí, yo me divorciaré de ella! — exclamó, enardecido.

Pero entonces, como antes, oyó la vozecita de la difunta anciana que le amó como si fuese su propio hijo y le decía:

«Recuerda tu promesa.»

CAPÍTULO XXXIV

La lucha mental de Sheridan no terminó con el día, pero se calmó un tanto.

Durante la noche retrocedió más de cien veces ante el abismo de la promesa hecha a la señora Farmalee y que en la obscuridad le parecía equivaler a la muerte de todas sus esperanzas. Mas se reanimaba una y otra vez al pensar en la posibilidad de que el telegrama no hubiese sido enviado por Yale. Y aun cuando lo fuese, no era tan fácil como parecía analizar la mente de Isabel. Más de un motivo podría haberla traído a Argel. Pero, en fin, nada en el mundo sería bastante para obligarle a abandonar a Julieta Divina. Estaba seguro de aquella isla de paz en un mar tempestuoso; es decir, del amor de Julia y del que él sentía por la joven. Y sin embargo...

Tomó todas las precauciones posibles para cerciorarse de que fue expedido su telegrama a Yale y que dos horas más tarde, a lo sumo, le sería entregado. Luego ya no tuvo nada más que hacer, a excepción de decidir con la mayor firmeza que ocultaría las noticias, mejor dicho, el *canard*, tal vez, de la llegada de Isabel, porque no había necesidad de alarmar a Julieta ni de darle a entender que él mismo estaba preocupado.

Teresa tomó el café y unos panecillos en su habitación y poco des-

pués de las ocho se asomó al balcón. Allí la encontró Sheridan y le dio a entender que la felicidad de la noche anterior no era ningún sueño. Y tan sólo a causa de unas palabras de la joven, llegó a mencionar el telegrama recibido.

— ¡Desearía no regresar a Argel hasta pasados muchos días! — exclamó ella — ¿Tendremos que ir? Este lugar me parece ser el más indicado para nuestra felicidad.

— Eso mismo pienso yo — dijo Miles tras ligera vacilación —. Aunque siempre hay un «pero». Ayer noche recibí un telegrama; era ya demasiado tarde para decírtelo y por esta causa tal vez tendré que volver a Argel para solventar un asunto importante. Sin embargo, creo que no será necesario. Resultaría muy desagradable dejarte, mas si al fin he de ir, emplearé muy pocas horas, de modo que será mejor que me esperes aquí y así no te verás obligada a hacer, sin motivo, dos largos viajes. Eso siempre que deseemos permanecer algún tiempo más en Bousaada. Si los dos nos fuésemos ahora a Argel, algo podría quizás impedirnos el regreso, y estoy persuadido de que este lugar no nos parecería el mismo la segunda vez. Por eso, si he de marcharme, desearé que te quedes aquí para volver a tu lado.

En las mejillas de Teresa desapareció el tono rosado de la alegría. Parecía insoportable que Miles la

dejase. Aquella misma noche se despertó víctima de una pesadilla. Llorando porque soñó que tenía que despedirse de su amado. Bousada le parecía encantador y aquel blanco poblado en el desierto siempre sería para ella un lugar de ensueño y su nombre resonaría en sus oídos como la música secreta y misteriosa del mar en el hueco de una concha. En cambio, estaba persuadida de que le resultaría horrible quedarse allí sola o con la única compañía de la señora Harkness. Ansaba marcharse con Miles, aunque no debieran volver, y estaba convencida de que la llevaría consigo si ella se lo rogaba. Mas luego comprendió que su amado no se lo habría concedido con gusto y por esto ni siquiera intentó pedirsele.

— Contaré las horas mientras estás lejos de mí — dijo.

— Yo viajaré durante toda la noche para volver cuanto antes — le contestó Miles —, si bien aun espero no tener necesidad de marcharme.

Tomaron el *dejeuner* juntos, a las doce y media, y Sheridan no había recibido aún la contestación a su telegrama. Como en el hotel no había salas particulares ni comedores reservados, tuvieron que almorzar en el comedor, en donde estaban solos, a excepción de un desalentado viajante francés que «hacía» las plazas del desierto, y cuatro oficiales solteros de la pequeña guarnición, para quienes el hotel venía a ser una especie de club. Su vida en Bousada no era muy alegre, porque por más que hacían no podían acostumbrarse a las jóvenes *Ouled Nails*, y desde la mesa a que el cuarteto se había sentado, miraban con la mayor insistencia a la *belle Américaine*, a la que tampoco quitaron el ojo durante la noche anterior. En realidad, miraban más todavía, porque uno de ellos, el capitán Gilbert, que visitó Nueva York en misión militar, durante 1917, estaba persuadido de haber visto a la joven en el teatro. Ello fue en una *revue*. El papel que tenía no era muy importante, pero era mucho más bonita que las demás

actrices y además tenía una figura más bella. Gilbert preguntó al amigo que le llevó al teatro y así pudo enterarse de que se trataba de una muchacha muy conocida. Tenía un apodo muy raro, *un nom de guerre*. «La *Poupée du Million de Dollars*» o algo por el estilo. Sin duda, aquel *monieur* sería un millonario, pues pudo invitar a *cette jolie poupée* para que le acompañase en su viaje. Algunos hombres, *n'est-ce pas?*, tienen mucha suerte.

A Teresa le interessaban aquellos oficiales franceses, y de vez en cuando les dirigía alguna mirada inocente.

— Eso — murmuró Gilbert a sus camaradas, que le envidiaban sus viajes y su conocimiento del inglés — es lo que en *les Etats Unis* llaman la mirada de vampirismo infantil. Si este individuo, que se da tales aires de propietario, se pusiera enfermo o tuviera un accidente, tal vez veríamos algo interesante.

Mas aunque no ocurrió nada de aquello, pudieron ver algo; porque mientras los cuatro se entretenían comiendo dátiles o almendras, tomando café muy amargo o fumando cigarrillos baratos, entregaron un telegrama a *l'Américain*. Este abrió el pliego azul y para sí leyó con rapidez el mensaje. Los franceses observaron que su rostro curtido se ponía encendido.

— Temo mucho, querida niña, que no tendré más remedio que ir a Argel para arreglar este asunto — dijo Miles inclinándose sobre la mesa.

Teresa casi esperaba que él le mostrase el telegrama, pero no lo hizo. Por espacio de un minuto se quedó con el ceño fruncido y como distraído, y luego rompió el telegrama en trozos diminutos. Los echó luego en un cenicero que llevaba el anuncio de un licor prohibido desde mucho antes, y luego, como si aun siquiera pensara en otra cosa, prendió fuego a los papillitos con el extremo de su cigarrillo encendido.

— Bueno — exclamó de pronto levantando los ojos que, hasta entonces, Teresa contemplara con mirada llena de adoración. — Cuanto antes

me marche, antes podré estar de vuelta. El *chauffeur* ya sabe que ha de estar dispuesto para salir en cualquier momento, de manera que no tardará. Si no me ocurre ningún percance en el camino, llegaré a Argel a las nueve de la noche. Es posible que no tenga que entretenerme más de una o dos horas.

Mientras pronunciaba estas palabras cruzaba por su mente la idea de sobornar a su mujer con una buena suma, además de los alimentos prometidos.

— De ser así — añadió — volveré a emprender el camino de regreso a medianoche más o menos.

La habitación estaba caldeada por el sol de diciembre del desierto argelino, mas de pronto Teresa sintió frío y se estremeció de pies a cabeza. Su madre solía decir cuando le ocurría eso, que aun ratón acababa de pasar por encima de su tumba.

— Pero te fatigarás mucho si viajas en automóvil durante todo el día y luego por la noche — dijo, contentiéndose las palabras cariñosas que pronunciaba en su corazón. Algún día, cuando Julietta le hubiese dado permiso para referir toda la historia, como sin duda alguna haría así que se enterase, entonces aquel hombre adorado sabría que desde muchos años atrás era su «príncipe».

— ¿Cansado? — replicó Sheridan. — ¿Cómo quieres que me cansé volviendo a tu lado? Aun no me conoces. Ya sabrás quién soy yo cuando vuelva a nuestra casa. Y ésta es nuestra casa, puesto que tú estás en ella. Día vendrá, sin embargo, en que tendremos nuestro propio hogar, mucho mejor que éste y muy lejos del mundo fastidioso, aunque sólo sea el que habita a bordo de un yate. De todos modos no será en el «*Silverwood*», porque ya tiene muchos recuerdos desagradables para nosotros. Me arreglaré de manera para que nunca más tengamos que ir a bordo de él. En fin, ya veremos. Ahora he de marcharme y encargarme antes a la señora Harkness que me prepare un maletín.

— ¿No podría hacerlo yo? — pre-

guntó Teresa, mientras sus mejillas se sonrojaban de un modo encantador y con una lozanía de color que siempre había maravillado a Miles.

Se quedó mirando a la joven con los ojos llenos de amor. Aquella mirada casi asustó a Teresa, porque hacía más triste su separación y le causaba la impresión de que también Miles la temía, aunque aseguraba que el motivo de su ausencia no era muy importante.

— ¿Te gustaría prepararme el maletín? — preguntó, sonriendo.

— Mucho — confesó la joven, más avergonzada que orgullosa. — Me complacería en gran manera hacer algo por ti.

— Por mí has hecho lo más grande que se hizo nunca — le dijo Sheridan. — Pero si lo deseas, puedes ocuparte en eso. Ven conmigo.

Cuando se levantaban y Miles volvía a dejar la silla en su sitio, un gran perro amarillento, que estaba echado a los pies del capitán Gilbert, se levantó, y Teresa, al mirarle, vió que el animal la contemplaba también y que meneaba la cola. A la joven le gustaban mucho los perros, aunque nunca le dejaron tener ninguno, y por eso, al pasar por su lado, exclamó:

— ¡Qué hermoso!

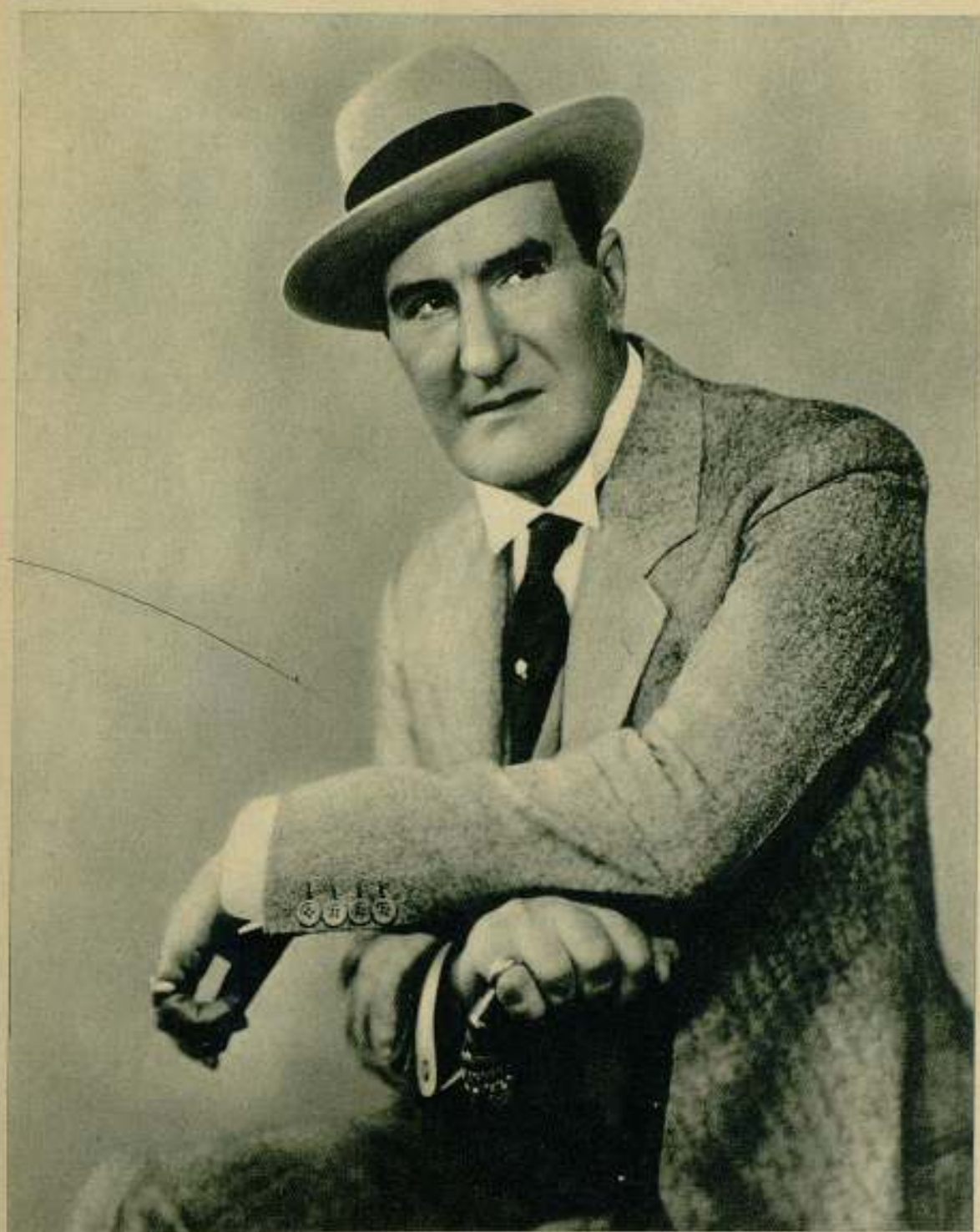
El perro volvió a menear la cola y sonrió. No había duda ninguna de ello, porque, en realidad, sonrió. Con seguridad alguien que le quería mucho le enseñó a hacerlo. Y Teresa se quedó tan encantada, que por un momento olvidó sus tristes ideas. Se detuvo en el umbral y entonces vió que el dueño del perro se había puesto en pie y que inclinaba la cabeza en dirección a ella y a Miles, con toda la cortesía francesa. Ella saludó, en respuesta, con un movimiento de cabeza y sonrió con amabilidad. El capitán Gilbert no quiso comprender que la sonrisa iba dirigida al perro y no a él.

Harkness permaneció en la habitación de su amo mientras Teresa preparaba el maletín, con objeto de indicarle qué debía poner en él y evitar que se olvidase algo impor-

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca

de Catalunya



ERNEST TORRENCE



RAQUEL TORRES